

Procesos migratorios en la Centro América del siglo XXI, López Castellanos Nayar (Coord.), Ediciones la Biblioteca, UNAM, Ciudad de México, 2018, 216 pag. ISBN: 978-607-30-0875-4

Santiago Sedrán*

Esta compilación es realizada por un conjunto de científicos sociales, entre los que se incluyen especialistas en migración, periodismo, psicología, ciencias políticas, sociología, antropología y relaciones internacionales. Esta característica se destaca en el abordaje de un objeto como el que convoca la compilación: los procesos migratorios en la realidad contemporánea centroamericana. Por ello, un esfuerzo que proponga miradas variadas, que ponga de manifiesto la urgencia de la problemática y que tense los roles, muchas veces naturalizados, otorgados a los Estados nacionales, a las fuerzas de seguridad, a los grupos delincuenciales y a las reformas económicas, resulta indispensable.

El proceso migratorio centroamericano contemporáneo “inició con la crisis bélica que surgió en la región durante los ochenta, pero continuó e incrementó en los años noventa debido a la crisis económica posterior y al incremento de la violencia producto de las políticas de ajuste neoliberal implementadas, del legado violento de las guerras civiles, de la deportación de migrantes que habían llegado anteriormente a estados unidos y de la incapacidad del estado de atajar la impunidad y la corrupción (p.195)”. A partir de este reconocimiento, los autores trazan los objetivos de “contribuir a la recuperación de [la] región para la agenda de investigación dentro de los estudios latinoamericanos” que se ocupan de los períodos recientes post bélicos; y de “analizar la complejidad de las movilidades que trastocan de múltiples formas las estructuras societarias, económicas y políticas de los países involucrados (p.8)”, El libro se organiza en una introducción sucinta y nueve capítulos temáticos, que recorren aspectos sociales, políticos, económicos y vivenciales del fenómeno migratorio de los países que componen el llamado triángulo norte de Centroamérica conformado por El Salvador, Guatemala y Honduras. Sin embargo, por las características de la transmigración, los diferentes capítulos contemplan para su desarrollo aspectos de la legislación y política de seguridad mexicana y estadounidense, sin los cuales no podría tenerse una idea global del fenómeno.

Mientras que la idea de migración funciona como un *a priori* de las exploraciones hechas (fundamentalmente, de la dimensión muchas veces extrema de la experiencia del migrante así como de las condiciones de reproducción y posibilidad macro del fenómeno), se destaca la mirada crítica sobre nociones como las de frontera y sobre el rol y formas de la violencia. Sobre esta base, el lector puede reflexionar sobre categorías como las de *externalización de la frontera* (estadounidense) la cual, a su vez, se vincula fuertemente con las políticas de *securitización* desplegadas por este país dentro y fuera de sus propias fronteras físicas (es decir, sobre los territorios soberanos de estados vecinos, como México) así como con los discursos dominantes instalados sobre la peligrosidad de los inmigrantes y sobre la frontera como una barrera de contención a una aludida invasión.

* Profesor en inglés. Docente en la Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Entre Ríos, y en la Facultad de Ingeniería Química, Universidad Nacional del Litoral, Argentina. Correo electrónico: santiagosedran@gmail.com

Sobre ello, resultan muy sugerente dos hipótesis que, entendemos, deben leerse en tándem: que la gubernamentalidad específica de estas sociedades transmigratorias no reclama la real exclusión del inmigrante de la sociedad receptora sino que, por el contrario, requiere que un determinado sujeto migrante, cuya estigmatización haga plausible su precarización estructural, efectivamente llegue a destino. La otra, y por ello su conexión nodal, que las violencias ejercidas sobre los sujetos migrantes constituyen un *continuum*, es decir, un conjunto que no puede ser pensado de manera aislada. Se afirma que las mujeres, niños y hombres migrantes “cargan con un bagaje de violencia en su memoria y, a su vez, son violentados en diversa forma por su tránsito (p.181)” De esta manera, la violencia cumple un rol sistémico en la conformación de las poblaciones a ser gobernadas y administradas, tanto en los lugares de arribo como en las sociedades expulsoras. En un esquema de este tipo, las fronteras se amoldan a los ejercicios requeridos de las violencias, que se destinan al disciplinamiento –a la creación– de poblaciones migrantes. Es en este sentido que los autores consideran a los programas inspirados en la teoría de la securitización como una de las formas institucionales que tienen los estados de Centroamérica de cerrar el ciclo de las reformas neoliberales desplegadas en sus territorios, los cuales son identificadas como unas de las principales causas del fenómeno.

Por otra parte, sobresalen ciertas estrategias interpretativas que se orientan a cumplir especialmente el segundo de los objetivos, el de hacer foco sobre las complejidades y movibilidades múltiples (espaciales, societales, políticas, económicas, vivenciales) del fenómeno migratorio. En primer lugar, el anteúltimo capítulo incorpora la perspectiva de género al clasificar los tipos de violencia presentes en la experiencia de las mujeres migrantes y se nutre de testimonios para validar esa caracterización. Interesa destacar que dicho análisis se estructura a partir de testimonios de mujeres migrantes centroamericanas y que, por tanto, la construcción de dicha clasificación estriba fuertemente sobre las violencias enunciadas por las protagonistas. Ello constituye un punto de encuentro, el restituir la agencia de sujetos que son mayormente estudiados de manera externa, ya sea por motivos políticos o de dificultad para el análisis mismo, con la siguiente apuesta teórico-política que importa señalar.

Este caso es, si se quiere, aún más incómodo. Se trata de la exploración de la politicidad presente en ciertos discursos invisibilizados de las maras. En ciertos enunciados reivindicativos del rol social de estas organizaciones, pueden encontrarse tensiones para las ciencias sociales, como, por ejemplo, el quiebre de las oposiciones conceptuales entre tiempos de paz y de guerra. A este respecto, El Salvador y Honduras constituyen casos paradigmáticos de *contaminación* entre distintos tiempos de guerra (uno civil y otro signado por guerras *entre pandillas* en el marco de una paz formal) que comparten una presencia estructural de la violencia armada, de crisis humanitaria y cuyo corolario notorio es la migración forzada (p.134). Como se plantea, la construcción sistémica de estas nuevas sociedades debe, necesariamente, preguntarse no sólo por sus efectos sino por el por qué del silenciamiento de estos discursos incómodos cuyo estudio no va en desmedro de la violencia atroz de estas organizaciones aunque permitirá contestar la ubicación de las causas del fenómeno migratorio *sólo* en los *defectos* de las sociedades centroamericanas.

La variedad de fuentes con que se cimentan las interpretaciones abona a la solidez de las mismas. Se hace explícita la dificultad que supone la recabación de información, dada por dos cuestiones: en primera medida, la volatilidad de los procesos estudiados (la ilegalidad, la

marginalidad, la movilidad inherente a las trayectorias migrantes); luego la voluntad y/o capacidad cuestionables de los estados centroamericanos para producir información fidedigna. En muchos casos, la información proviene de ONGs y otras organizaciones antes que de los propios estados. Entre las fuentes utilizadas se hallan entrevistas, estadísticas (como las provenientes del Instituto Nacional de la Migración) y de ONGs, artículos periodísticos e informes de organizaciones civiles (como Médicos sin Fronteras, Cruz Roja y asociaciones de comunidades migrantes).